



V.

En la enfermería.

Está enfermo el que tú
amas: Con esta triste nueva
acudieron á tí, mi buen Je-
sús, aquellas dos santas her-
manas, Marta la inocente y
María la pecadora; y con las mis-
mas palabras te saludo yo, médico
de mi alma, diciéndote que estoy en-
fermo: *Ecce quem amas infirmatur.*

¡Ay! ¡Si al menos pudiera decir
con la esposa de los Cantares, que estoy
enfermo de amor! Pero ¿dónde está, mi Dios,
tan dulce enfermedad? ¡Pecadorazo de mí,
Jesús mío! ¡Que estoy enfermo y no es de

tu amor; debilitado, y no de trabajar por tu gloria; herido, y no de tu dulce atractivo; estropeado, y no de servirte; llagado, y no de llevar tu cruz! ¡Ay de mí! que estoy malo y no de padecer por tí, ni de hacer rigurosas penitencias; estoy malo, y es de mi propia ruindad ó por mis muchas culpas, porque la culpa es la causa de todo mal; ella fué la que á tí te puso en cruz, siendo tú la inocencia misma.

¡Oh Jesús del alma mía! Viéndote en la cruz, desgarradas las espaldas con azotes, taladrada la cabeza con espinas, traspasadas las manos y los pies con clavos, sin más lecho que el madero, ni más almohada que la corona; viéndote así, amor mío, ¿quién se queja de estar enfermo? ¿Quién tendrá valor para pedirte refrigerio en sus dolores y alivio en sus males? ¡No! no te pido lenitivo á mi dolor ni remedio á mi mal; sino que te ruego con la amante Teresita que me des lo que tú quieras:

«Dadme muerte ó dadme vida,
Dad salud ó enfermedad,

Honra ó deshonra me dad,
Dadme guerra ó paz cumplida,
Flaqueza ó fuerza á mi vida,
Que á todo diré que sí.»

.....
¡Tu voluntad es la mía,
Haz lo que quieras de mí!

Pero, si quieres sacarme ya del destierro, haga yo en tus brazos amorosos el tránsito del tiempo á la eternidad, de la vida á la muerte y de la muerte á la verdadera vida. ¡Eso te pido amor mío! que cuando mi corazón, débil y oprimido por el peso del dolor, y sobrecogido de espanto por la presencia de la muerte, esté próximo á dar su último latido, tú me asistas con tu gracia para que sea el postrero un fuerte latido de amor, de amor á tí.

Por morir amándote, acepto de buena gana los dolores, la enfermedad, la misma muerte, y doy por bien empleada la ceguera de mis ojos, la mudez de mi lengua, la inmovilidad de mis miembros y la disolución de este cuerpo de pecado, que dejo por manjar á los gusanos, para morir víctima de

penitencia ofrecida en sacrificio de expiación á tu amor menospreciado.

*
**

Yo sé, Jesús mío, Verbo eterno del Padre, que tienes en tus manos las llaves de la vida y de la muerte, con las que abres y nadie puede cerrar, cierras y nadie puede abrir; gustoso, pues, me someto á tus designios: acato tus disposiciones sobre mí y acepto los dolores, las angustias, las penas y enfermedades que precedan y acompañen á mi muerte, y la muerte misma en la forma, tiempo y manera que plazca á tu bondad soberana.

¡Oh! ¡qué paz trae al alma el someterse así en todo á tu voluntad divina! ¡Oh qué gozo le causa padecer por tu amor! ¡Benditos padecimientos y benditos dolores! Ellos nos asemejan á tí *Varón de dolores y sabedor de enfermedades*, como te llamó Isaías! Ellos nos acercan á tí, nos ponen junto á tu Cruz

y completan en nosotros el fruto de tu pasión.

Purifícame con estos males, ¡Jesús mío! y pues eres médico de las almas y estás enfermo de amores, como enfermo, quédate aquí conmigo y seamos compañeros de enfermería; más como médico, cura, si conviene, las dolencias de mi cuerpo y ahonda más la herida de mi alma. Como sé que eres juntamente médico y enfermo, he cobrado confianza y libertad para decirte mis rarezas y mostrarte los males de mi corazón.

Enfermo soy, ¡pero qué enfermo tan raro! No te pido la salud, Médico divino, sino que me doubles la enfermedad. ¡Si te agrado padeciendo, viva el padecer! ¡Si te sirvo doliente, vengan dolores sobre mí! pero junta á los males del cuerpo los deliquios del alma y la dulce enfermedad de aquella que decía: *Amore languero*: Desfallezco de amor.

El alma que no gusta los desmayos de ese mal, suave sobre toda dulzura; la que no siente los deliquios y las ansias de tu amor, ¿no es en verdad la que está enferma y

desahuciada? ¡Ay, amor mío! enferme yo de amores, de tus divinos amores, hasta desfallecer y morir con su dulce violencia.

*
**

¿Quién sabe lo que sufre y goza un alma herida del divino amor? ¡Bien lo sabes tú, Jesús mío! tú, á quien enloqueció la dulce violencia de esa herida, poniéndote preso de amor en el sagrario. ¡Tú sí que estás enfermo de amor! ¡Qué bien te conoció, oh Jesús mío, aquel santo Profeta que te llamó *Varón de dolores, perito en enfermedades!* ¡Oh qué bien entiendes tú las dolencias del alma! ¡Qué bien sabes hasta dónde llega la herida del amor! ¡Qué bien conoces no haber remedio para esa dolencia, ni medicina para ese mal, sino amando y sufriendo!

En tí la dolencia del amor llegó al exceso y más allá; y no tuviste alivio, sino sufriendo y amando. El sudor copiosísimo del huerto no te alivió, ni las repetidas y crueles sangrías de la flagelación mitigaron

la fuerza de tu mal; antes bien creció el incendio del amor, y para apagarlo pediste agua en la cruz, mostrando la sed que tenías de más padecimiento y más amor: *¡Sed!*

¡Sed! ¡Tengo sed! ¡Sed tiene el Amado! ¡Ángeles santos! batid las alas con ligereza; remontad el vuelo por los espacios; rodead la tierra cuan grande es; y á las almas amantes, á las palomas castas, á los hijos de Dios, á todos los fieles cristianos decidles que Cristo, el Esposo de las almas, está sediento y enfermo de amor. ¿Y no es crueldad desmedida tener un amigo enfermo y no visitarlo? ¿No es indicio de ingratitud y desamor tener al amante muriendo de penas y no consolarlo? Pues si es así, ¿qué nos detiene? ¿Por qué no volamos al tabernáculo, donde está el amantísimo Jesús gravemente enfermo de amor? ¡Ay! ¡volemós á consolarlo!

La esposa de los Cánticos, que tenía el mismo mal, pedía que la confortaran con aromas y licores; y lo mismo pide el amante Jesús. ¿Pero qué aromas templarán su do-

lencia, sino la fragancia de las virtudes? ¿Ni qué licor confortará sus desmayos, sino el licor de nuestras lágrimas, esprimido por el dolor purificante y el amor ardiente? Y yó que ni lágrimas ni virtudes tengo, ¿qué te daré, Dios mío?

No puedo prestarte alivio, sino ofreciéndome á llevar parte de tu peso y á sufrir parte de tu mal. ¡Comunícame, pues, Jesús mío, la dolencia de tu amor, para que el amor me acabe! Te lo pido por la herida de tu pecho, por las angustias de tu piadoso corazón y por los tormentos de la cruz, donde fuiste remedio universal para los males del hombre.

Cayendo con ella nos levantaste, desnudo en ella nos vestiste, enfermo en ella nos sanastes, sufriendo en ella nos compraste el gozo eterno y muriendo en ella nos diste eterna vida. Sea, pues, tu Cruz el remedio de mis males, el consuelo de mis penas, el alivio de mis dolores y el lenitivo de mi enfermedad.



VI.

En el bosque.



ESTAMOS al comienzo del otoño, y antes de reanudar las tareas literarias, he venido con mis discípulos á pasar un día de asueto en estos bosques solitarios. Un amigo, á quien Dios bendiga, nos ha traído aquí. ¡Qué ajeno estará él de lo que en estos momentos estoy pensando y pidiendo para él á la inagotable bondad de nuestro Padre que está en los cielos! Dios le pague este día de placer que nos proporciona; día en que puedo contemplar á mis anchas el sagrado horror de los desiertos.

Hermoso está el campo, como en días de primavera; pero esta hermosura tiene un tinte de tristeza, que parece presagio de cercana muerte.

Amarillean algunas hojas, que á la menor sacudida del aire, caen con movimiento vertiginoso sobre la tierra, donde son arrastradas por el viento.

Hojas que caen del árbol son también mis ilusiones; hojas que caen del árbol son mis días; hojas que caen del árbol es mi vida; hoja que cae del árbol soy yo!

¿Quién sabe si mañana el viento frío de la muerte me hará palidecer y me derribará al suelo, donde arrastrará más tarde mis cenizas, como arrastra ahora las hojas secas?

¡Ay! Si á lo menos esas hojas de mis días hubieran servido para hacer compañía á las flores de las virtudes y para dar sombra á los frutos de la santidad! Entonces ¡qué dichoso sería!

*
* *

Mas ¿á qué vienen ahora tan tristes pensamientos en el día de recreación? Alégrate, alma mía, y ama á tu Dios en este agradable retiro, en que lejos del ruido del mundo, de sus vanidades y placeres, te encuentras á solas con El en medio del espectáculo encantador que la naturaleza te ofrece.

¡Oh feliz mansión, ¡bosques amados!
¡Cuán gratos sois para mí! Os prefiero á las ciudades populosas y al bullicio de las gentes, porque me dais la quietud que anhela el alma.

¡Qué soledad! Heme alejado de mis compañeros y el silencio más profundo reina á mi alrededor: en torno mío se levantan hacia el cielo altos y frondosos árboles cuyas hojas no se mueven, porque están como dormidas, envueltas en el sombrío manto de su mismo follaje.

Aquí no hay fuentecillas murmurantes, ni aguas que susurran en plácidas corrientes.

No se oye el bramar del Océano ni el mugir de las olas que se estrellan en la arena.

Las aves no cantan ni los insectos vuelan, por no interrumpir con ingrato zumbido el agradable silencio del espacio.

Por entre las copas sombrías de los árboles descubro pedacitos de cielo azulado, que me hacen suspirar por la posesión imperecedera de aquella mi patria amada.

Blancas nubecillas, flotando como gasas en esa bóveda azulada, me invitan á que las siga y me remonte con ellas á la región de eterna luz.

¡Ay, quién me diera alas de águila para volar! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Dios de las virtudes! ¡Padre amantísimo! líbrame del peso de este cuerpo, y haz que mi alma pura y sin mancha suba á tu trono á pagarte con un beso de hija el tributo de su amor.

En todas partes, mi Dios, te veo presente, y la idea de tu amor nunca me abandona; pero en estos instantes, en que reina el silencio sobre mí, es cuando oigo en la naturaleza tu voz divina que habla á mi alma y penetra mi corazón.

Voz misteriosa, más dulce que el rumor

de los bosques y la fragancia de los campos, ha llegado hasta mí; su sonido atenuado por el leve movimiento de las hojas, semeja la voz de una madre, cuando habla al pie de la cuna donde duerme el fruto de su amor.

Y me ha dicho: *Pobre desterrado, aquella es tu patria: no yerres el camino y enseñalo á los rectos de corazón.*

*
**

¡Desterrado me ha dicho! ¿Y puede haber satisfacción cumplida para un desterrado?

La escena que estoy contemplando es uno de los consuelos más puros que me ofrece la naturaleza, y sin embargo, eso mismo aumenta las penas de mi destierro.

¿Quién deja de penar, mientras vive lejos de su patria?

¿Quién, Jesús de mi alma, está satisfecho, viviendo ausente de tí?

Sin tí, ¡cuán poco vale todo!

La amistad que aquí me ha traído, el silencio que me rodea, la soledad que me encanta, el santo temor del desierto, el rumor de estos bosques solitarios, la sombra refrigerante, el verdor de los árboles, el aroma que despiden, las nubecillas del cielo y el cielo donde flotan esas nubecillas, ¿qué sería todo eso sin tí?

Sin tí la naturaleza
me es fría, triste, prosáica;
no tiene alegría el campo,
ni bella luz la mañana,
ni melodía las aves,
ni el prado flores lozanas,
ni murmullo los arroyos,
ni los jardines fragancia,
ni verde obscuro la selva
ni transparencia las aguas,
ni lozanía los valles,
ni contornos las montañas;
sin tí me fastidia todo,
sin tí no me alegra nada,
sin tí fuera insoportable
la mísera vida humana,
y contigo hasta la muerte
se me hace dulce y grata,

porque será la carroza
que me llevará á mi patria...

¡Qué gritería! ¡Adiós meditación!
Ya vuelven de la caza y es hora de
comer.

Voy á salirles al paso; me hago encon-
tradizo con ellos y... si algún día se publi-
can estos borriones, verán mis amigos en
qué he pasado la mañana, y que no ha sido
mi caza inferior á la de ellos.

